

INVITACIÓN A LA LECTURA

Ponencias leídas en un acto-homenaje celebrado en el INEF de Cataluña en mayo de 1984



EL ITINERARIO PERSONAL

Jesús Galilea

Me corresponde dentro de esta sesión académica "In Memoriam" dialogar sobre un aspecto tan íntimo y tan controvertido como el biografiar los recuerdos y las vivencias que durante años unieron en amistad a dos personas alejadas geográficamente y diría que en algunos aspectos, también ideológicamente.

Conoci a José M^a en Diciembre de 1960. Concurría yo por entonces como alumno de 2º curso de Medicina de la Educación Física y el Deporte, que se celebraba en Madrid y él era profesor en el mismo. Coincidencia de encuentro que marcaría de forma definitiva gran parte de la relación futura. Hacia pocos meses que se habían celebrado en Roma los Juegos Olímpicos en los cuales los dos habíamos estado pero no coincidido, y todavía impresionados por el espectáculo y sobre todo por el marco escénico mantenimos una larga conversación en aquel entrañable bar del Gimnasio Moscardó. Por aquel entonces, Cagigal pertenecía a la Compañía de Jesús y su visión del Deporte: el hombre afirmándose y realizándose a través del deporte y éste como medio idóneo de expresión cultural de amplio contenido pedagógico y profundas raíces humanísticas se veían influenciadas por su formación eclesialista y específicamente jesuita —sin que tenga esto el más mínimo sentido peyorativo, antes el contrario. Nunca supe, ni se lo pregunté, el porqué del abandono de la orden religiosa, pero al menos externamente no pareció haber sufrido una profunda crisis personal, aunque desde luego se trataba de unas apreciaciones escasamente objetivas por lo reciente de nuestra amistad, por la dificultad de diálogo y por la lejanía.

El fenómeno olímpico ocupó la atención de José M^a en su producción literaria de forma permanente. Más de veinte escritos específicamente referidos al tema y otras muchas más aproximaciones, siquiera tangenciales, en relación al olimpismo, dan fe de la importancia que Cagigal concedió a éste. Su contribución, sin embargo, no se limitó a lo literario, sino que tomó parte activa en las sesiones de la Academia Olímpica Internacional, de la que era miembro de honor, y fue el primero y creo que el único director del Centro de Estudios Olímpicos del INEF de Madrid, desde su creación en el año 1969. Ambiciosa empresa ésta, que desafortunadamente tuvo escaso éxito.

La toma de posición de Cagigal sobre el olimpismo fue en un principio de intencionado matiz filosófico —podríamos referirnos a aquel trabajo publicado con el nombre de "Olimpismo Moderno" en *Citius, Altius, Fortius* de 1960— para posteriormente hacerse mucho más pragmático y crítico dando vida a los, para mí, más precisos y determinantes ensayos sociológicos sobre el tema. Un ejemplo lo tenemos en el capítulo IV, referente al olimpismo en crisis en su libro *¡Oh! Deporte*.

De forma intencionada me he desviado de la anécdota biográfica, centrada en este nuestro primer encuentro, para plantear el pensamiento conceptual de Cagigal en torno al olimpismo, aunque el tema discursivo vaya por la misma vía. Creo que se hace difícil, al menos para mí, separar a José M^a de su obra, a la persona de su itinerario intelectual.

En el mes de Junio de 1962 otro curso de Medicina Deportiva, nos vuelve a reunir durante unos días inolvidables. Esta vez en Valladolid y ambos como profesores. El buen yantar, pero sobre todo el excelente vino de aquellas tierras fueron complemento inigualable para largas veladas en el acogedor comedor de una clásica venta castellana. Hacia un año que había sido nombrado Secretario General Técnico de la Delegación Nacional de Educación Física y Deportes. Era la época de para mí, mejor equipo dirigente que ha tenido el deporte español en todos los tiempos: Elola, Aguila, San Román, Samaranch, Cagigal, Piernaveja y Gemo, una candidatura difícil de volver a reunir y coincidir en el tiempo. Creo que en una época de olvidos y descalificaciones absurdas, es obligado rendir público homenaje a aquellos hombres, se coincida o no con sus ideologías políticas.

Deporte y política

En aquella ocasión, el tema "prin-

ceps" de polémica o entendimiento, según fueran los puntos dialécticos en litigio, versó en torno a política deportiva e inevitablemente del deporte politizado. La conversación se desarrolló en un clima distendido y docto como corresponde al ambiente universitario que nos tutelaba y al seco y severo, pero atractivo, paisaje que nos envolvía.

Cagigal vivía por entonces una etapa de febril actividad en el deporte español y al fin y al cabo las peculiares estructuras de éste en aquellos momentos suponía una cierta continuidad con sus aún cercanas vivencias religiosas. Sin embargo, su concepción del deporte dentro de la sociedad y la vinculación de éste con el poder político establecido, distaba mucho de ajustarse a lo que por entonces suponía norma de obligado cumplimiento. Pienso que Cagigal se equivocó al intentar enmarcar dentro de los estrechos márgenes de la Administración, aquella, ésta o la que venga, todo el enorme caudal de ideas, proyectos e ilusiones que le vivaba en su pensamiento. Se ha de convenir, sin embargo, que una de sus más ansiadas ambiciones, la creación del primer Instituto de Educación Física español, pudo hacerse realidad precisamente por su presencia en el seno de la Delegación Nacional de Educación Física y Deporte. ¿Se hubiera creado igualmente sin su presencia en ella? Es posible, pero desde luego mucho más tarde.

Desde 1963, en que es nombrado Subdelegado de Educación Física, abandonando el cargo o haciéndose abandonar el de Secretario General Técnico que ocupaba desde dos años antes, hasta 1966, en que abre sus puertas el nuevo Instituto, son tres años de exclusiva dedicación a lo que iba a ser su gran logro. En su libro *El deporte en la sociedad actual*, Cagigal hace una breve aunque detallada descripción de cuáles fueron las líneas básicas para la creación y enfoque pedagógico de la futura institución. No hace alusión, empero a los contratiempos, oposiciones y desengaños que en su decidida actuación encontró durante aquellos tres años. También en su relato pasa como sobre ascuas un hecho que a punto estuvo de costarle su cese fulminante; me refiero a la decisión personal de Juan Antonio Samaranch, entonces nuevo Delegado Nacional por renuncia de José Antonio Elola, de incluir las materias definitivas en el curriculum pedagógico del INEF, inclusión con la que Cagigal se mostraba en absoluto desacuerdo. Fue quizás, el primer y único enfrentamiento entre dos hombres, a los que luego unió una

fuerte amistad y una mutua admiración.

Un hombre íntegro, austero, reflexivo

A partir de aquella época, nuestros encuentros se hacen muy frecuentes, unas veces se enmarcan en un escenario fijo —el de su despacho del Instituto—, otras se hace itinerante, con la ocasión de coincidir en diferentes Congresos Nacionales o Internacionales o en los cursos de Medicina Deportiva, en los que él ya es un asiduo participante. Su despacho, aquella pequeña habitación del tercer piso, con la ventana orientada hacia la Sierra Madrileña, de intencionada sobriedad, desentonando desde luego con el resto de la casa, fue durante muchos años lugar de confesiones mutuas, de identificaciones y también por qué no, de controversias. Parecía como si Cagigal quisiera encontrar en aquel pequeño habitáculo, la paz y el tiempo para la sosegada reflexión que quizás espacios más amplios no le hubieran permitido disfrutar. Ha habido quien ha querido ver en esta anécdota, en esta anecdótica —perdón—, pero significativa muestra de su personalidad, una provocadora acusación hacia los que vacíos de ideas, buscan en cambio en los grandes despachos la propia reafirmación, aunque sólo sirvan para llenarlos de muebles. Puede que en aquella pequeña estancia fuera donde se gestara nuestro mutuo entendimiento y se consolidara de forma definitiva nuestra amistad, aunque también fue escenario de nuestro único enfrentamiento en aquel otoño de 1975, tan significativo por muchas razones. Sentados frente a frente ante su mesa de trabajo o en el pequeño treillis, que con una estantería repleta de libros componía el único *atrezzo* de aquel reducido despacho, habíamos pasado horas y horas hablando de todo lo divino y lo humano. Creo que allí llegué a conocer bien a Cagigal, en la medida que pueden conocerse dos hombres alejados habitualmente en lo geográfico y con una vida propia enteramente diferenciada.

José María era ante todo un hombre íntegro y fiel a unos esquemas de conducta de los que nadie logró apartarle un ápice. Gran conversador, siempre brillante, con un dominio del lenguaje notable, sabía escuchar, aunque llevara casi siempre la voz cantante. Era un intelectual de los pies a la cabeza, con todo lo controvertido que el hecho de serlo comporta. Utópico, pero en permanente alerta ante el hecho cotidiano; anárquico y rigorista a la vez, dado al empirismo del pensamiento, pero pragmático en las de-

cisiones, consecuente unas veces y contradictorio otras, tuve la impresión siempre de que Cagigal fue tremendamente receloso en relación a sus más directos colaboradores y salvo en muy honrosas excepciones, y creo que por eso los buscó con escaso brillo, había en él un cierto grado de desconfianza, que intentó disimular más con gestos que con palabras. Cuando se dialogaba con José Ma, quedaba siempre una sombra de duda sobre si lo había dicho todo o si siempre se reservaba algo que nunca diría a nadie. De una u otra forma, creo que si llegué a conocerle. Y lo creo, porque llegué a quererle. En aquel despacho me habló en infinidad de ocasiones de sus sueños, de sus empeños personales, de todo un mundo —el del deporte—, que los dos compartíamos; también de sus enfrentamientos con la administración, tan dura e incomprensiva en general, de sus proyectos de futuro con respecto a su Instituto, que siempre contempló como algo propio y creo que no sin cierta razón. De su producción literaria, no solía pedir juicios, aunque admitía que se los hicieran, pero sobre todo de su vida personal e íntima —ahí me hice partícipe de una de sus más caras ilusiones: la de crear una familia—, al fin pudo ver cumplido uno de los dos objetivos por los que solía decir que me envidiaba: tener una esposa y unos hijos. El otro —vivir en Barcelona—, no pudo realizarlo nunca, aunque estuvo a punto de conseguirlo.

Un pensamiento abierto, de múltiples direcciones

Decía antes que el escenario de nuestros encuentros era en ocasiones cambiante con motivo de reuniones, Congresos o los ya mencionados cursos de Medicina Deportiva. En todo momento, Cagigal defendió obstinadamente la planificación de una investigación en materia de Educación Física y Deporte de carácter multidisciplinario, huyendo del encasillamiento por intereses personales o profesionales. El amplio campo que abarcó su producción intelectual estaba reñido, lógicamente, con la pequeña *política de campanario*, tenía para él especial interés la medicina deportiva, o mejor la medicina... y su asistencia como profesor a los cursos de la especialidad, dan prueba de ello. Sin embargo, su empeño en coordinar toda la investigación en torno al INEF no lo pudo convertir en realidad, pese a que en 1970 saliera un decreto de la Delegación Nacional, en el que se hablaba de la incorporación de la Escuela de Medicina de la Educación Física y del Deporte al INEF y no supuso pese a todo más que una mera

exposición de intenciones que jamás se llegó a cumplir.

En realidad, para Cagigal, cualquier tema relacionado con las áreas de su conocimiento, tenía interés. Su proyección personal e intelectual hacia el deporte ha sido interpretada por alguien como de claro oportunismo, pues vino a ubicarse en un área huérfana de interés por las clases intelectuales del país desde siempre. Tangenciales y esporádicas intervenciones de Ortega y Unamuno, de Gil de la Serna, Azorín, etc; no creo que puedan ser consideradas como demostrativas de una dedicación generalizada al tema. Todas las demás manifestaciones de escritores, pintores o escultores españoles habían considerado el deporte una fuente de inspiración estética como hecho aislado, pero sobre todo como anecdótica de unos momentos sociales del país. No discuto de ese posible oportunismo, pero de lo que doy fe es de que Cagigal desde que se asomó al deporte, descubrió sus extraordinarios valores éticos y sus calidades estéticas y se lanzó a bucear en lo más profundo de sus raíces históricas y culturales, intentando elevarlo a la categoría de ciencia, de hecho social relevante y de expresión cultural de inapreciable valor. Por ello no creo exagerar si aseguro que Cagigal es para mí el único pensador que ha tenido el deporte español en su historia. Si se repasa su copiosa obra literaria es fácil observar que su curiosidad por todos y cada uno de los múltiples aspectos científicos y culturales que ofrece el deporte, no tenía límites; aunque por descontado el estudio filosófico y sociológico del fenómeno deportivo fuera al que dedicó especial atención.

Su formación intelectual y trayectoria vital justifican esta predilección. Sin embargo, la psicología, la pedagogía, la biología, la filología, la antropología y en general todo lo que se refería al deporte, tenía para él un interés y un valor casi obsesivo. La actitud intelectual de Cagigal es un principio de expectación ante el mundo, el deporte que le subyuga. Pasa después a una etapa de reflexión y análisis en profundidad de los componentes de ese mundo complejo y posteriormente entra en una fecunda y rigurosa formulación de una teoría filosófica sobre la Educación Física y el Deporte. El seguimiento de sus escritos en el tiempo, dan buena muestra de que su aportación es fruto de riguroso estudio y conocimiento de un tema al que dedicó toda su vida. Pese a que por su aportación literaria, sea por lo que se le recuerde en el futuro, no debe quedar en el olvido su decidida contribución a los logros políticos o administrativos

conseguidos por el deporte en los últimos veinte años. La propia creación del INEF y su dirección durante once años, la presidencia de la Comisión de Profesorado de la Junta Nacional de Educación Física, su presencia en la Comisión Permanente del Comité Olímpico Español y sobre todo su larga lucha por conseguir el rango universitario para el INEF. Esto último fue una de sus más ansiadas metas y también hay que decirlo, uno de los más insalvables obstáculos que encontró a lo largo de su andadura. Aunque en Julio de 1970, antes que la primera promoción termine sus estudios, el mismo Cagigal habla de la Ley General de Educación recoge la incorporación a la universidad del INEF con rango de Instituto Universitario en la célebre disposición transitoria 2ª/párrafo 6, no es hasta muchos años después cuando se convierte en una venturosa realidad.

Los años pasan y en Octubre de 1975 se inaugura el INEF en Barcelona. El acontecimiento, pero sobre todo los planteamientos iniciales de sus responsables no son bien acogidos en Madrid y se enrarecen tanto las relaciones personales e institucionales. Fueron momentos duros para Cagigal y para mí y aunque no hicieran peligrar nuestra amistad personal, si enturbiaron nuestras relaciones. El año 1977 se provoca un grave enfrentamiento de los dos Institutos con el Consejo Superior de Deportes y como es lógico, caen sus dos Directores: Cagigal aquel mismo año y yo un año después. No creo que éste sea el momento de exponer los motivos de la caída; no estaba en absoluto de acuerdo con los puntos de vista sustentados por la Administración y adoptamos la única salida honesta y consecuente: marcharnos y punto.

Los años difíciles

Los años siguientes hasta su trágica muerte, fueron muy tristes para José Ma, aunque procuró disimularlo. Tuvo que hacer de todo para subsistir y excepto de su propia familia y algunos amigos, recibió escasa ayuda. Coincidió algunas veces con él a raíz de algunas presentaciones de libros suyos celebradas en Barcelona y también durante el año que profesó la asignatura de Teoría de la Educación Física en este Instituto. Creo que el gesto de esta Institución para con él, le compensó en gran manera de las amargas sufridas los últimos años por este Instituto que él creó. Nunca en dichas ocasiones hablamos para nada de su situación, en parte por un pudor de intromisión en la intimidad y luego porque José

Ma jamás hubiera aceptado sentirse compadecido.

Perdonad, si intentando una aproximación a la vida y a la obra de Cagigal, he caído en un abuso autobiográfico. Desde luego puedo asegurar que no ha habido el más mínimo afán de protagonismo, sino que simplemente he procurado hacer mi relato, un relato intimista, de una amistad profunda fraguada en tantos años y en tantas luchas comunes. He preferido dar calor humano a la narración. No sé si lo he conseguido, aunque quizás haya perdido en autenticidad biográfica, pero he considerado que por encima de citas, de fechas, de datos y de protocolos de redacción estudiados, debía prevalecer la apasionada, parcial y quizás poco objetiva visión y recuerdo que de un amigo tiene otro amigo.